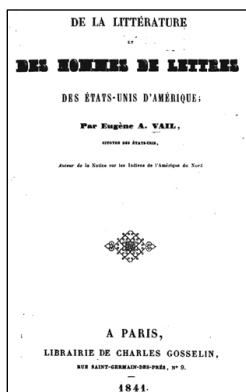


7. De la literatura y de los literatos en EE UU, de Vail [1841]



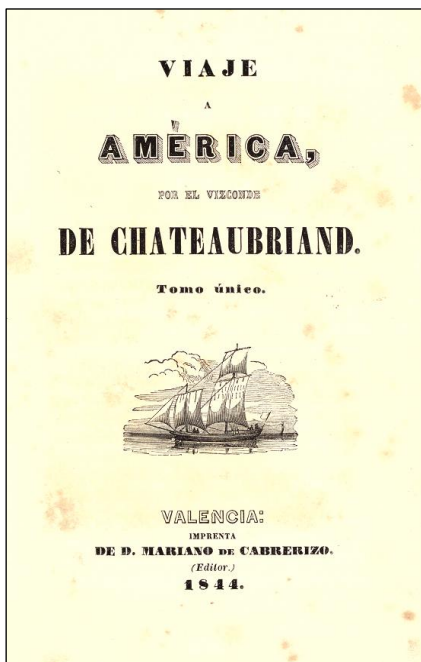
EUGÈNE AARON VAIL (c. 1792-1843), nacido en Lorient (Francia), pero “ciudadano de los Estados Unidos de América y miembro de varias sociedades científicas”, según la portada de su obra *Notice sur les Indes de l’Amérique du Nord* [París, 1840]. Pintor y miniaturista, autor de la novedad recién llegada de París, *De la littérature et des hommes de lettres des États-Unis d’Amérique* [Librairie de Charles Gosselin, 1841], 620 págs. en francés, que Gil reseña con entusiasmo en las páginas que siguen.

Ω

Tal es el papel que en el teatro del mundo culto representan ya los Estados Unidos de América, tal su importancia probable en la marcha futura de la civilización, tal la influencia que sus instituciones han ejercido en la revolución de nuestros antiguos dominios y tantos y tan estrechos finalmente los vínculos que los unen con nuestras colonias, que no deberá tenerse por ajeno de nuestras tareas periodísticas el que procuremos dar idea al público de su literatura. Ciertamente es digno de fijar la atención de todo hombre reflexivo cuanto pertenezca a una



nación que no hace un siglo todavía peleaba por su independencia, y ya en el día se ha elevado en poder y riqueza al nivel de las antiguas naciones europeas y con el desmesurado desarrollo de sus vastos recursos no está quizá muy lejos de conquistar una iniciativa, industrial por lo menos, superior y no poco a la del mundo antiguo.



Desde 1790 hasta 1826 (épocas cuyo cuadro comparativo trazado por mano del ilustre Chateaubriand tenemos a la vista⁴⁰), ha sido verdaderamente milagroso el engrandecimiento de esta naciente república. Caminos, canales, barcos de vapor, fábricas de todas clases ayudadas de este poderoso agente se han multiplicado como por encanto, y todos los primores del lujo, todos los goces de la más adelantada cultura, han venido en seguida del inmenso movimiento comercial agrícola y fabril que presentan todos los ámbitos de la nación. Territorios entonces salvajes y donde solo se

podía llegar con seguridad acompañado de guías o agregado a alguna tribu de indios, se hallan surcados en el día por infinitos y excelentes caminos, sus inmensos lagos y extensos canales cruzados en todas direcciones por barcos de todas clases y tamaños, y sus puertos concurridos y llenos de animación y vida.

⁴⁰ Una vez más, Enrique Gil sigue la estela del vizconde de Chateaubriand, quien en 1791 vivió durante algunos meses en Estados Unidos, donde conoció a George Washington, encuentro que relata en sus memorias. En 1827 publicó un libro extraordinario, *Viaje a América* [1ª ed. en castellano, Valencia, 1844]. Gil maneja la edición francesa, cuyo *Prólogo* —una cumplida historia de los viajes y descubrimientos en la que el autor francés cita los estudios de Navarrete sobre Colón, etc.— le sirve de vademécum en varios artículos de esta *Miscelánea*. Los datos de esta reseña proceden del capítulo final de *Viaje a América*, *Conclusión*.



En 1790 solo había 75 estafetas en todos los Estados de la Unión: en 1826 llegaban a 6.000. En 1790 la población estaba reducida a 3.909.326 habitantes: en 1830 había ascendido a 12.000.000, doblándose cada 25 años⁴¹. Y finalmente, las rentas de la nación que durante la guerra de su independencia no pudo ofrecer al ilustre Lafayette un barco en que pasar los mares en su ayuda, se habían elevado en 1821 a 12.264.000 pesos, de los cuales, deducidos gastos habían quedado a disposición del gobierno 3.334.826. Cuanto haya sido su desarrollo desde esta última fecha hasta el día, mejor que nosotros lo dirán la infinidad de barcos de vapor que se cruzan entre América y Europa y el incremento cada vez mayor de las gigantescas empresas comerciales que sin cesar se organizan y activan en ambos mundos.

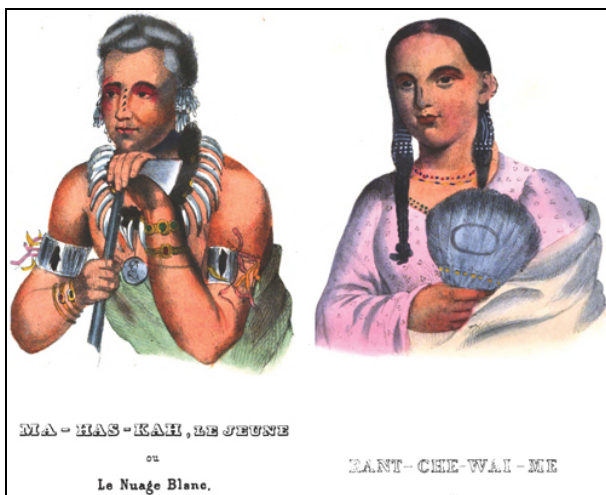
No sin objeto, ni separándonos de nuestro propósito, hemos presentado esta breve reseña que algunos calificarán de ociosa y ajena del asunto que nos ocupa. Por nuestra parte hemos querido dar una idea fundamental, si bien concisa, de una nación cuyas principales tendencias literarias hemos tomado a nuestro cargo señalar, porque según más de una vez hemos manifestado, juzgamos imposible elevarnos a un criterio filosófico y trascendental en literatura, sin conocer antes la sociedad y la época que en ella se pinta y retrata. Así que no sin motivo hemos descrito los resultados principales de los usos, costumbres y necesidades físicas y morales de este país, pues de ella se deducía un hecho luminoso capaz por sí solo de fijar la cuestión: a saber, que sus esfuerzos se encaminaban casi exclusivamente a la conquista del mundo material y al aumento indefinido de la producción.

Natural consecuencia es esta de su historia, de su situación geográfica y de la índole de sus habitantes primitivos. Cuando huyendo de las persecuciones religiosas de Inglaterra, aportaron los primeros colonos [en 1622] a las playas americanas, su primero y único cuidado hubo de ser el de su conservación y defensa; y sus fuerzas físicas y morales, ni

⁴¹ “Si la población continuase doblándose cada veinticinco años, en 1855 tendrían los Estados-Unidos una población de veinticinco millones setecientas cincuenta mil almas; y veinticinco años mas adelante; esto es, en 1880, esta población pasaría de cincuenta millones”, Chateaubriand, *o. c.*, p. 283.



tuvieron ni pudieron tener otro empleo que el desmontar bosques, levantar poblaciones y rechazar los ataques de las bestias feroces y de los no menos feroces indios.



Por otra parte, si aún en el día, según la bella expresión de Chateaubriand, “la América habita todavía la soledad”, natural y aun preciso era que en su soledad inmensa y solemne los primeros pobladores buscasen todo el ensanche de comodidades y bienestar, que solo una laboriosidad infatigable podía proporcionarles. Y finalmente, el carácter adusto, triste y severo de aquellos puritanos que miraban como culpable frivolidad los placeres de la imaginación, forzosamente había de convertir a un centro común de utilidad inmediata todos los instintos de la época.

Causas tan arraigadas y que bajo ciertos aspectos todavía deben echar no menos hondas raíces en la situación presente de aquella sociedad, mal pueden desaparecer o neutralizarse en el corto período de vida que hasta ahora cuenta. Pero ¿qué puede resultar para la literatura del juicio y criterio de un país en donde la conciencia pública condena como una perjudicial anomalía el ocio material indispensable para la vida contemplativa y para las especulaciones intelectuales, fuentes de los pensamientos más grandes y humanitarios, y de los sentimientos más hondos y generales que mueven el mundo? Resultará de seguro un

⁴² Ilustración de Vail en su obra *Noticia de los Indios de América del Norte*.



cultivo cuidadoso y esmerado de las ciencias y estudios que se encaminen a la razón fría y severa y lleven en sí gérmenes de utilidad palpable; como también de los conocimientos que comprenden las relaciones exteriores del mundo material y guían a su dominación y conquista. Esto vendrá a resultar en el orden de las ideas, porque si se atiende a las costumbres, la austera honradez y la acrisolada probidad no bastarán a prestar al pueblo aquel colorido poético y animado que no menos busca el filósofo que el entusiasta, y que tan eficazmente se une al instinto de la nacionalidad para asegurarlo y robustecerlo.

En resumen, la literatura vulgarmente llamada amena, hija del sentimiento o de la imaginación principalmente, se puede asegurar que en los Estados Unidos es cuestión más de pasatiempo que de conciencia, y más de agrado que no de ocupación. Por el siguiente resumen de las obras publicadas en 1834, se verá cuán fundada va nuestra opinión. Están divididas y clasificadas de esta suerte:

Educación: 73	Historia y Biografía: 19	Bellas Artes: 8
Religión: 37	Jurisprudencia: 20	Asuntos diversos: 49
Cuentos y novelas: 19	Poesía: 8	

Por manera que de 251 obras, 216 confirman la tendencia general de los espíritus hacia las cosas útiles y serias⁴³. Otro hecho no menos notable queremos apuntar que es el periodismo. En 1700 solo se publicaban cuatro periódicos en todas las colonias; pero en el día han llegado a mil quinientos que sin cesar dan a luz cien millones de ejemplares.

Este síntoma de ilustración y cultura que tanto honor hace a los anglo-americanos, descubre a las claras la preponderancia exclusiva del trabajo en sus opiniones y costumbres, pues no pudiendo dar empleo a la actividad de su espíritu en obras altas y profundas, tienen que acudir a esta especie de cifra y abreviatura más o menos cabal y exacta del movimiento social. Semejante inundación de escritos no solo sirve de órgano a los intereses comerciales y políticos, sino también a los estudios y trabajos de todos géneros que sin cesar le prestan grande y sustancioso alimento. Pero esto que proporciona la inapreciable ventaja de ofrecer a

⁴³ Gil excluye de lo «útil y serio» los cuentos, la poesía y las bellas artes.



toda clase de tareas pronta y fácil salida, no por eso deja de tener sus inconvenientes en el orden trascendental de las ideas, pues demasiado se sabe que la prensa periódica suele llevar en su mayor parte la bandera de la especulación mercantil, y que, en general, desecha todos aquellos trabajos que no están en armonía con el espíritu de los lectores por frívolo o mezquino que sea⁴⁴.

Cuanto daña semejante espíritu a las obras de verdadera inspiración y conciencia, ello mismo lo está diciendo, pues sujetar el genio a una determinada medida y acompasado movimiento, es lo mismo que señalar al Océano los días de tempestad y de calma. En las grandes cuestiones literarias y científicas la prensa periódica en general y sobre todo la diaria nos parece muy semejante a la litografía en las artes del dibujo, pues si una y otra contribuyen a vulgarizar y difundir las creaciones que honran a su época, ambas les desquitan en verdad y fondo lo que les dan a ganar en generalidad y superficialidad.

Examinemos ahora la cuestión por otro lado. ¿Es posible una literatura común, nacional e indígena en un pueblo en que la más absoluta independencia individual precedió ya a la época de su existencia política, en que la población se deriva de diferentes orígenes y abraza distintas creencias religiosas, en que los diversos intereses mercantiles están ya en una inmensa complicación, y que finalmente ni tiene pasado, ni las tradiciones que de él fluyen y manan? ¿Será posible, decimos, a la América del Norte producir ni ahora, ni en mucho tiempo una obra que sea la expresión concreta y cabal de sus deseos, tendencias, esperanzas y temores; una obra semejante a la *Divina Comedia*, a nuestro teatro antiguo o al teatro de Shakespeare, al *Quijote* de Cervantes o a las tareas de Voltaire? Creemos que no.

Para esto era preciso que su organización fuese más compacta y homogénea y que la clave de su asociación no estribase principalmente en la severidad de las costumbres y en la comunicación de los intereses, sino en la identidad de creencias, en la mancomunidad de sentimientos y en la analogía de origen. Era preciso que el espíritu guiase a la materia y no que la materia sujetase al espíritu; era preciso que los ecos de lo

⁴⁴ Sorprende el duro juicio de Gil sobre la prensa, que acoge estas *misceláneas*, poco sospechosas de estar en armonía con algún lector de espíritu «frívolo o mezquino».



pasado se uniesen a los presentimientos de lo venidero, y finalmente era preciso que los Estados Unidos no pudiesen compararse con razón a la estatua convertida en mujer a ruegos del artista⁴⁵, que sin reminiscencias de la infancia y de las dulzuras del hogar doméstico, se parecía a un fruto madurado en estufa, pálido en sus matices y poco sabroso al paladar.

Si todas estas deducciones no fuesen lógicas y naturales la obra de Eugenio A. Vail que dejamos mencionada, las confirmaría y daría el vigor que les faltase, pues en ella vienen confesados todos los cargos que se le hacen, si cargos pueden llamarse los que no son sino necesarias consecuencias de tiempo y de lugar; circunstancia de que la crítica no puede desentenderse sin faltar a su índole y destino.

El libro en cuestión no nos parece por cierto una obra maestra de madurez y detenido examen, ni en él encontramos aquel espíritu investigador y profundo propio de este siglo analítico; pero encierra con buen plan y acertadas proporciones una noticia amena de todas las publicaciones más notables que han visto la luz en los Estados Unidos, a contar desde sus primeros pobladores hasta nuestros días, con un breve resumen de sus principales dotes, y muestras además de su estilo. Si no se le puede calificar de estudio severo de crítica, es por lo menos una excelente revista bibliográfica; y de todas maneras arroja bastante luz sobre el carácter general de la literatura americana.

Dejamos dicho que las obras que se encaminaban a ilustrar y robustecer la razón, eran las que mayor prosperidad y cultivo debían alcanzar en un país donde se procura reducir a la práctica cuanto comprenden los límites de la teórica. Por eso los estudios históricos que tantas lecciones útiles encierran, y que con acciones y ejemplos vivos influyen sobre lo presente y preparan lo venidero, merecen en la América del Norte tan distinguido lugar. Pocos pueblos podrán presentar en tan corto espacio una lista tan larga de historiadores llenos de mérito: ninguno quizá ha manifestado desde el principio en sus trabajos tan laudable elevación moral, tanta imparcialidad y justicia.

Libres de los odios que han dividido a las naciones europeas, ajenos a los intereses y rivalidades que tanto han envenenado sus antipatías, los

⁴⁵ Véase *El último banquete de los Girondinos* de Carlos Nodier. [Nota de Gil].



historiadores angloamericanos, no solo han recorrido con fruto el terreno de la historia patria, sino que han pasado también a la historia extranjera con grandes frutos y esperanzas de otros más abundantes y maduros. Al lado de Jefferson, John Adams, Sparks, Pickin, Cooper y otros varios, que por su espíritu liberal cuanto grave y trascendente han sabido ilustrar los anales de su país, se encuentran Prescott y Washington Irving, historiador el primero tan exacto y desapasionado de los Reyes Católicos, como hábil colorista el segundo de la gran empresa de Colón⁴⁶.

El espíritu de discusión y libre examen que reina en los Estados Unidos favorece en gran manera este linaje de estudios, cuyo elemento es la verdad en su mayor pureza; y como por otra parte no les alcanzan los motivos de discusión de las naciones extrañas, ni en el curso de su vida propia tienen injusticias que ocultar, en ninguna parte debe resplandecer más la verdad histórica que entre ellos.

Sin embargo, mucho distan todavía en nuestro entender de los historiadores europeos. ¿Dónde está la pasmosa erudición de los alemanes, la profundidad de los ingleses; la brillantez de los franceses y la sagacidad de los italianos? ¿Qué hombres pueden poner al nivel de Nieburh, de Gibbon, de Voltaire, Thiers, Guizot y Maquiavelo?

Pues si de las regiones de la historia pasamos a las de la política y ciencia gubernativa, ciencia que entre ellos absorbe la primera y principal atención, hallaremos no menos notables diferencias. Verdad es que los complicados resortes de su gobierno tienen su más segura fianza y salvaguardia en la severidad y pureza de costumbres, que suplen la innecesaria insuficiencia de las leyes en determinados casos.

⁴⁶ La expresión de colorista está empleada aquí de intento, pues cualquiera que lea la *Colección de Viajes* del señor Fernández de Navarrete, se convencerá de que en la relación de Washington Irving nada hay que le pertenezca sino el colorido de su bello estilo. [Nota de Gil].

WASHINGTON IRVING [1783-1859], conocido por *Cuentos de la Alhambra*, escribió *Crónica de la Conquista de Granada* (1829) que Picoche considera la principal fuente de documentación de Gil para *El Lago de Carucedo* [Picoche, tesis doctoral, pp. 536 y 539-540]. En 1828, Irving publicó *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón* (1ª ed. en castellano, traducida por Villalta, Madrid, 1833), elogiada por Navarrete, opinión que Gil no comparte, pues le despacha displicentemente (véase pp. 109 y 115). Sin embargo, la notable influencia de Irving en Gil es un hilo conductor que aflora esta *miscelánea*, pendiente de estudio.



Es cosa cierta también que acordes en cuanto a la esencia de su principio político y social, y partidarios a todo trance de la regularidad y del orden, todas sus tareas y proyectos descubren juicio sólido y prudencia consumada: pero en cambio no lo es menos que sus teorías de gobierno giran en una órbita muy reducida, y que su tendencia estéril en cuanto a las futuras vicisitudes de la humanidad, llegaría a ser perjudicial, si no tuviera por escudo la moral pública.

Tampoco cabe duda en que la extraordinaria colisión de principios y sistemas que trabajan a la Europa, en medio de la zozobra y dudas que amontona sobre lo presente, abre camino para lo porvenir, y que nunca es perdido cualquier esfuerzo que se dirija a acercarnos a aquellos sentimientos y verdades eternas, únicos que pueden guiar al hombre y hacerle mejor y más perfecto en todas las fases de su vida. Los trabajos de Jefferson, de Morris, de John Quincy Adams, y los demás que cita Vail en su obra, no admiten sino un desventajoso paralelo con las teorías constitucionales de Benjamín Constant, de Rossi, del malogrado Carrel, de Bonald y otros muchos; y en cuanto a tendencias más trascendentales y humanitarias, cuando en Europa han aparecido casi simultáneamente Saint Simón, Carlos Fourier y Roberto Owen, ni una chispa que sepamos ha prendido en América de estos nobles y ardientes principios. Bien al contrario, el establecimiento de New-Harmony [en la imagen], que el último de estos filósofos fundó en ella, excitó en el país más curiosidad que entusiasmo.



Cuanto dejamos dicho acerca de la política, pudiéramos decir igualmente de la economía política, porque una ley análoga parece regular sus movimientos. Si hemos de juzgar por la incompleta noticia que nos da Vail de la obra de Tomás Cooper sobre esta ciencia que apareció en 1826, eran desconocidos, y cuando no, menos estimados de lo justo, los luminosos descubrimientos hechos en estas materias por las escuelas socialistas acerca del espíritu de asociación aplicado al trabajo y a todos los medios de la producción. Adelantos hay sin duda en la obra de Cooper sobre las teorías de Adam Smith, de Say y de los enciclopedistas, como no puede menos de haberlos cuando el vapor va trastornando casi todas las antiguas relaciones físicas: pero todavía se nos figura muy distante de los admirables sistemas de Fourier y de Owen.

Un cuadro comparativo de la literatura americana con la europea no puede entrar en los límites de nuestro artículo. Si nos hemos extendido un poco al hablar de la historia y de la política, hemos llevado por objeto corroborar la aserción arriba sentada de que los estudios serios tenían allí una marcada preponderancia. Fuera de esto, ni la ciencia del derecho con su complicadísima legislación ni las ciencias naturales, ni la religión, pueden caminar al mismo paso que los adelantos europeos. Nada diremos de la filosofía especulativa y trascendente, porque su inferioridad es harto palpable en este punto.



Género elemental o educativo

Un ramo hay, sin embargo, que solo entre esta clase de conocimientos se puede poner, y que nos parece superiormente entendido y manejado, cual es el género elemental. Las obras de educación han merecido en los Estados Unidos una predilección tan particular, que el solo hecho de su exportación a Inglaterra bastaría para demostrar su importancia y valor real. Las buenas costumbres naturalmente tienen que cimentarse en la solidez de la primera enseñanza, y por una feliz coincidencia, la delicadeza femenil ha derramado sobre esta parte de la vida flores que no se debían esperar de la sequedad de su política y movimiento mercantil.

Los escritos de Mrs. Sigourney y Mss. Hannah Adams tienen un blando perfume de benevolencia y de dulzura, que no puede menos de



embalsamar el corazón de la niñez con sentimientos puros y apacibles. En este importantísimo punto creemos que los anglo-americanos están cuando menos al nivel de las más ilustradas naciones de Europa.

Pasemos ya a lo que generalmente se conoce con el nombre de amena literatura, por serio y profundo que a veces sea su carácter. La de los Estados Unidos hasta ahora no puede tener más sello que el individualismo, pues ni hay ni puede haber un símbolo común de sentimiento que represente todas sus simpatías y creencias; pero dejando aparte esta grave falta que en la actualidad alcanza a la mayor parte de las literaturas, preciso es confesar que ya en el día cuentan algunas joyas de precio, y que su porvenir las promete más brillantes todavía. No hablaremos de su teatro, que descolorido en su fisonomía e incierto hasta ahora en su marcha, parece que no ha acertado aún con su verdadero camino.

El género descriptivo que tan en armonía está con las grandes escenas de la naturaleza en aquellos países y con las navegaciones, viajes y género de vida de sus habitantes, es el que aparece dotado de más energía y vitalidad. Realzado por el sentimiento moral y por la dirección que la religión cristiana imprime a los espíritus hacia lo infinito, en todas las novelas, relaciones de viajes, impresiones y bosquejos de cualquier género encuentra la imaginación campos en que espaciarse.

Washington Irving es bastante conocido para que hablemos de él despacio; pero las escenas y aventuras de la vida marítima han recibido de la pluma de Fenimore Cooper tan vario y extremado color y tan original fisonomía que con razón se le puede tener por el inventor y padre de este género literario. *El pirata*, *El Corsario encarnado*, *El Piloto* y la mayor parte de sus obras son un título de gloria y orgullo para su país, y por su verdad, sencillez y buen gusto se citarán siempre como modelos de buena narración y vivo interés. En los términos del Océano no encontramos ningún escritor que le iguale. No menos talento y galas descriptivas ha desplegado en las escenas de sus *Plantadores*, donde tan al vivo pinta los bosques del Nuevo Mundo, sus habitantes indígenas, y el sublime espectáculo de su solitaria y agreste naturaleza. Nada tiene de extraño esta fácil transición, porque la fuente del sentimiento es una, y cualquiera que sea la tierra que riegue la llenará de flores.



Las escritoras

Los nombres de Brown, Bird, Fay, de Miss Francis, Miss Sedgwick, y Mrs. Harrison Smith, han ilustrado la novela americana. No es este el lugar propio para el análisis de sus obras, pero no queremos pasar adelante sin llamar la atención del público sobre el carácter que distingue las creaciones de las escritoras de los Estados Unidos. En todas partes es don de la mujer una sensibilidad más delicada y una exquisita ternura; pero en este país donde son las únicas depositarias de los suaves afectos del hogar doméstico, estas disposiciones parecen crecer y aumentarse en proporción del fondo adusto y severo de las costumbres exteriores.

El cuadro que M. Vail copia en su libro de una de las novelas de Miss Francis sobre la muerte de una desdichada joven, herida en lo más profundo de sus afectos, tiene un colorido tal de melancolía y de pasión, que es imposible cerrar el corazón a las tristísimas emociones que despierta. Seguramente las mujeres están destinadas a influir poderosamente en los destinos futuros de América, pues la educación ya ha recibido de ellas considerables mejoras y el sentimiento que tan propio es de su organización y afectos, irá ganando terreno a medida que los intereses materiales vayan reduciéndose a sus justos y naturales límites.

Cuanto dejamos apuntado acerca de la índole filosófica de la novela, puede igualmente aplicarse a su poesía, que también descuella por el lado descriptivo. Sin embargo, nos abstendremos de emitir sobre ella ningún juicio razonado, porque no podemos analizar debidamente su forma⁴⁷.

Las cualidades que más distinguen todas estas obras de imaginación, son un estilo severo y correcto en general, una dicción clásica y pura, y gran elevación en los principios morales. Con todo, riquezas son estas escasas, si se han de comparar con los tesoros que en este género han legado los siglos a la Europa, y que en nuestros días se han renovado y crecido. Como novelistas, solo Cooper es el que puede admitir paralelo con Walter Scott en su género respectivo; como pintor de sentimiento, ninguno llega a las brillantes dotes de Chateaubriand; y como poetas,

⁴⁷ Los poetas dramáticos que gozan de más nombradía son: Willis, Barker, Hillouse y Bird. Los líricos, mucho más numerosos, son: Smith, Susana Rogers, Briant, Halleck, Pereival, Lidia Sigourney, Legget y otros varios. [Nota de Gil].



Byron y Tomás Moore, Béranger y Manzoni eclipsarían a todos los vates americanos.

En resumen, el árbol de la literatura no se ha aclimatado aún lo bastante en los países americanos para vivir con vida propia y brindar dulces y sazonados frutos. Por ahora ningún literato ni filósofo puede ser su representante: su representante verdadero es Fulton, que encontró el modo de aplicar el vapor a la navegación, y fue el primero que dio impulso a la extraordinaria revolución comercial que agita casi todas las naciones del mundo.

La iniciativa que sin contrariar la índole de sus costumbres y la pronunciada dirección de los espíritus debe procurarse por ahora, no es la intelectual sino la industrial y mercantil. La América se compone de naciones nuevas que de consiguiente pertenecen por entero a lo futuro: imposible es saber la misión que les reserva la Providencia, pero a juzgar por la sucesión constante de las leyes que rigen la humanidad, su obra debe ser de libertad y de justicia.

En tan grande empresa, los Estados Unidos sin duda están destinados a enarbolar la bandera, y en esta noble esperanza, en este generoso presentimiento, deberán encontrar compensación abundante a las ventajas que en otros ramos del genio les llevan naciones más antiguas que ellos en la carrera de la vida, pero que tal vez no tienen derecho a esperar su brillante porvenir.

El Pensamiento, 1ª serie, tomo I, entrega 12, 1841.

